

obispo culpable de crimen de lesa magestad, ha incurrido por el solo hecho en las penas afectas á este crimen, sin que haya necesidad de sentencia, y debe ser reputado como muerto. Véase cual era la administracion dulce y canónica del reformador. Al mismo tiempo indicaba al cabildo el sugeto que debia nombrar, y el que en efecto lo fué. Se comprende bien que el riguroso tratamiento hecho al prelado puso á Pombal mas en disposicion aun de seguir sus proyectos. Costaba demasiado el resistirle, y su conocido caracter intimidaba á los que mas vituperaban sus innovaciones.

1769.

—El 2 de febrero, Clemente XIII muere despues de diez años de pontificado. La religion, la piedad tierna, la caridad, la bondad y la vida edificante de este Papa no han sido puestas en duda aun por sus detractores. Solamente le han echado en cara que tenia miras estrechas: lo cual no prueba otra cosa sino que no tenia las suyas. El contagio de los principios filosóficos turbó la paz de su gobierno: sin embargo hubiera merecido correr dias pacíficos. Léese en el *Arte de verificar las datas*¹ que

¹ *Cronología histórica de los Papas*, t. I, p. 349, tercera edicion.

Clemente XIII habia indicado para el 3 de febrero de 1769, un consistorio en el cual debia anunciar

Esta cronología es un modelo de parcialidad y de mala fe, por la manera con que en ella se habla de muchos Papas, y particularmente de los del siglo XVIII. Allí se dice desde luego sobre Clemente XI que este habia adoptado las preocupaciones del cardenal Sfondrate sobre las opiniones ultramontanas y sobre la gracia. Los autores no hallan otra cosa que notar sobre la bula *Unigenitus* sino que Jose II ordenó rasgar las hojas de los rituales en que se encontrase; *reglamento que no ha sufrido*, añaden ellos, *oposicion alguna*; lo que es enteramente falso como lo manifestaremos en 1781. Por otra parte ellos no hablan ni de la piedad de Clemente XI, ni de sus grandes cualidades, ni de todo lo que hizo por el bien de la Iglesia. Un Papa que ha dado la bula *Unigenitus*, no les ha parecido merecer la mas mínima palabra de elogio. De Inocencio XIII dicen *que no llenó las esperanzas que habia dado al subir al trono pontificio*; y esto verisimilmente porque no se mostró mas favorable á los refractarios que su predecesor. En Benedicto XIII hubieran deseado *menos obstinacion por las excesivas pretensiones de su silla*, aunque no se conozca en este pontífice accion alguna que haya podido merecerle este reproche. No se olvidan de decir que M. Fini hizo insertar en las actas del concilio de 1725, que la bula *Unigenitus* es una regla de fe; (véase lo que sobre esto hemos dicho tomo II, p. 94) y se quejan de que la corte de Roma no haya reclamado contra lo que les place llamar *una supercheria*. Nada dicen de Clemente XII. En cuanto á Benedicto XIV le dan á la verdad elogios, pero pretenden que *llevó á la santa Sede unas preocupaciones, cuyo peligro no conoció sino despues de haber ensayado vanamente hacerlas prevalecer*. No sabemos de qué preocupaciones se trata aqui. Entre las bulas y breves de este Papa solo citan los que ellos han juzgado favorables á sus ideas; la bula de 1744 contra las prácticas supersticiosas usadas en las Indias, la condenacion de los libros de los padres Colonia y Berruyer, *la Carta al inquisidor general de España en favor del cardenal Noris*; como si las medidas tomadas por este Papa contra algunos particulares pudiesen ser una justificacion de sus enemigos. Pero sobre todo en el artículo de Clemente XIII y en el de Clemente XIV es en donde mas se descubre el espíritu de partido que animaba á los redactores del *Arte de verificar las datas*. Al primero dan en rostro con haber mostrado señales de predileccion á los jesuitas cuando era obispo de Padua, y haber tenido á uno de estos religiosos por su teólogo y su vicario general; lo que á

á los cardenales su resolucion de satisfacer á las instancias de muchos príncipes contra los jesuitas, pero que en la noche que precedió al dia señalado se encontró malo de repente, y tuvo un vómito de sangre que le condujo al sepulcro : sobre lo cual los autores de la obra citada añaden que *el género de su muerte y las circunstancias en que acaeció, dieron lugar á rumores siniestros, é hicieron dudar que fuese natural*. Se conoce bien sobre quienes quieren estos escritores hacer caer las sospechas; pero su escesiva parcialidad los ciega en esta ocasion : no hay prueba alguna de esta resolucion que suponen en Clemente XIII : hubiera sido una mudanza bien repentina y bien estraña en un Papa que habia dado tantos pasos aun ruidosos en favor de la compañía de Jesus, y cuando se adelanta un hecho tan poco probable deberia al menos apoyarse sobre algunos fundamentos. ¿Cómo se ha sabido el designio del soberano pontífice? ¿No deberian avergonzarse de vender semejantes fábulas, que no han sido imaginadas por el odio sino para dar lugar á una calumnia atroz? ¿Y unos escritores que tienen algun cuidado de su fama deberian adoptar temerariamente tan horribles sospechas? Si estuviera probado que la muerte de Clemente XIII no fué natural, no se podrian acusar de ello sin con-

decir verdad es escesivamente escandaloso. Ellos echan toda la culpa á este Papa en la narracion de sus diferencias con algunas cortes, é insinuan en seguida con ocasion de su muerte, las absurdas sospechas de que se trata en el artículo del cual hace parte esta nota.

tradiccion á aquellos á quienes protegió constantemente y en favor de los que dió una bula tan precisa, y tan numerosos breves. Este supuesto crimen no recaeria sino sobre gentes que no hallando en este Papa disposiciones favorables á sus ideas de destruccion, tenían necesidad de un soberano pontífice mas complaciente. Ademas nosotros estamos muy distantes de autorizar semejantes sospechas : no gustamos de suponer crímenes : bastantes se cometen ciertos sin necesidad de imaginar inverisímiles; y no creemos sea necesario recurrir á acusaciones absurdas para esplicar la muerte de un Papa de setenta y seis años de edad. La salud de Clemente XIII habia sido siempre mala. *Su constitucion es tan sanguinea*, dice Lalande en su *Viage á Italia*, *y tiene la sangre tan sujeta á la rarefaccion, que desde mucho tiempo no se piensa poder conservarlo. Su médico lo hace sangrar á cada momento, y aun con eso apenas, se puede cortar los accidentes. El 19 de agosto de 1765 cayó casi muerto, y solo sangrándolo pudo volver en sí*. Uno de estos accidentes fué sin duda la causa inopinada de la muerte de este pontífice. Habia hecho cincuenta y dos cardenales en siete promociones, los mas capaces son su sobrino, el cardenal Rezzonico; los cardenales franceses de Bernis, de Rochechouart, de Choiseul y de Rohan; el sabio Orsi, dominico, autor de una historia eclesiástica en veinte volúmenes, que acaba al año 600; Nicolas Antonelli, prelado estimable, y sabio modesto, que publicó

tambien algunos escritos; Marco Antonio Colonna, que fué despues cardenal vicario y cuyo celo y piedad realizaban aun su nacimiento distinguido y las dignidades.

— El 19 de mayo, queda elegido Papa el cardenal Ganganelli. Abrióse el conclave que siguió la muerte de Clemente XIII á 15 de febrero y concluyó á 19 del siguiente mayo. Componíase de cuarenta y siete cardenales, diez y seis de los cuales eran de la creacion de Benedicto XIV y los restantes de la de Clemente XIII. Borrascoso fué este conclave, aumentando la importancia y dificultad de la eleccion del pontífice las divisiones que habia á la sazón entre la santa Sede y muchas cortes. Eran los dos partidos que mas descollaban el de los *Zelanti* y el de las *Coronas* cuyas miras eran de todo punto diferentes. Alegaba el último la necesidad de restablecer la concordia con las potencias, y prevalecieron sus razones. El cardenal Chigi, segundo resobrino de Alejandro VII, habia obtenido una multitud de votos; obtúvolos á la par numerosos el cardenal Stoppani; mas al cabo se eligió al cardenal Ganganelli. Háse dicho que habiendo creído el cardenal Bernis ver en él disposiciones favorables á las miras de la corte, favoreció esta eleccion con todos sus esfuerzos, y efectivamente parece que tuvieron mucha parte en esta eleccion las coronas de España y Francia; mas es menester no dar crédito ninguno á lo que se añade sobre que el nuevo Papa no quedó elegido, sino

bajo la condicion de que habia de extinguir á los jesuitas. Semejante pacto está destituido de todo fundamento y verosimilitud. Juan Vicente Antonio Ganganelli nació cerca de Rimini por los años de 1705, y entró en el convento de Menores conventuales en 1723, con el nombre de fray Lorenzo, y lo creó cardenal Clemente XIII en la promoción del 24 de setiembre de 1759. Era el único religioso del sagrado colegio, en el dia de su exaltacion. Bien pronto desplegó toda su actividad para reconciliarse con las coronas, con cuyo objeto mandó desde luego un nuncio al Portugal y llenó el capelo de nombramiento de esta corte, dándolo al hermano del marqués de Pombal, el cual habia fallecido antes de elevarse Ganganelli á su dignidad pontificia. Luego se manifestó á la par dispuesto á satisfacer á las demas potencias, á cuyo efecto suprimió la promulgacion de la bula *In cænâ Domini*, y desistió acerca de los diferentes objetos de las contestaciones anteriores. Nombró una congregacion relativa al asunto de los jesuitas, contra los cuales daban todavía muestras de mucha animosidad los ministros de algunas cortes. Poco tiempo despues de su elevacion recibió una carta de Marc-Simon, patriarca de los Nestorianos ó caldeos de Armenia, el cual habia abjurado el nestorianismo y se habia reunido á la santa Sede. El nuevo Papa tomó el nombre de Clemente XIV, y dando parte de aquel acontecimiento al sagrado colegio, anunció tambien que los obispos dependientes del pa-

triarca de Caldea, se disponian en número de siete, á seguir este ejemplo y á reunirse á la Iglesia romana, con veinte mil familias que se hallaban bajo su jurisdiccion.

1770.

— El 1º de marzo, decretos de Clemente XIV condenando obras irreligiosas publicadas en Francia. Dirigíase uno de estos decretos contra el *compendio de la Historia eclesiástica* de Fleury, atribuida al abate de Prades, otro contra las *obras de la Mettrie* y otro contra Voltaire. Designábanse en el último siete opúsculos compuestos por este apostol infatigable de la incredulidad. Eran estos opúsculos. *Los caracoles del R. P. Lescarbotier*; los *Consejos razonables á M. Bergier*, la *Epístola á los romanos*, la *Homilia del pastor Bourn*, un *Fragmento de una carta del lord Bolingbroke*, la *profesion de fe de los Teistas*, y las *Representaciones del cuerpo de pastores del Gevaudan al pastor Rustan*. Otros decretos con fecha 3 de diciembre inmediato, y 29 de noviembre de 1771 proscribieron tambien otros folletos del mismo autor. No se tiene una idea de lo activo, ardiente y fecundo que era. Sucediáanse sus obras bajo su pluma con una rapidez para la cual hubiese sido insuficiente cualquiera otro. Incesantemente reproducia esta clase de es-

critos, cada vez mas idóneos para picar la curiosidad pública, dándoles á propósito títulos que ya prevenian en su favor. El *Examen importante de Bolingbroke*, las *Preguntas de Zapata*, la *Defensa de mi Tio*, las *Cartas sobre Rabelais*, el *hombre de cuarenta escudos*, la *Comida del conde de Boulainvilliers*, la *Canonizacion de san Cucufin*, los *Diálogos entre A. B. C.*, las *Instrucciones á Fray Pediculuso*, las *Cartas de Amabel*, el *Grito de las Naciones*, los *Adoradores*, ó *las alabanzas de Dios*, el *Discurso de Ana de Bourg á sus jueces*, la *Asonada de los Reyes*, *Todo en Dios*, *Comentario sobre Mablebranche*, el *Discurso del abogado Belleguier*, *Es menester tomar un partido*, ó *el Príncipe en accion*, del *Alma*, la *Biblia comentada por los limosneros de S. M. L. R. D. P.*, un *Cristiano contra seis judios*, la *Historia del establecimiento del cristianismo*, los *Diálogos de Ephemore*, etc., etc. Tales fueron los principales escritos que acumuló Voltaire en poco años contra la religion. La mayor parte se reducen á bufonadas, ó por lo menos abundan en ellas, al estilo del autor, el cual constantemente tendia á hacer reir, sin que se mostrase demasiado severo en la eleccion de los medios. Frecuentemente degeneran sus gracejos en chocarrerías, farzas y bajezas, desapareciendo en ellas el escritor elegante cuyo celo por su gloria debia de haber cuidado de castigar su estilo. En efecto, descienda á pormenores villanos, á chistes sosos, á odiosas personalidades y á repugnantes injurias. En un folleto titu-